

JUAN B. JUSTO, EL POLÍTICO EDUCADOR

*Comunicación del académico René Balestra
en sesión privada de la Academia Nacional de Ciencias
Morales y Políticas, el 27 de mayo de 2009*

Las ideas que se exponen en esta publicación son de exclusiva responsabilidad de los autores, y no reflejan necesariamente la opinión de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas.

ISSN: 0325-4763

Hecho el depósito legal

© Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas

Avenida Alvear 1711, P.B. - Tel. y fax 4811-2049

(1014) Buenos Aires - República Argentina

ancmyp@ancmyp.org.ar

www.ancmyp.org.ar

Se terminó de imprimir en Pablo Casamajor Ediciones en el mes de enero de 2010.

**ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS
MORALES Y POLÍTICAS
JUNTA DIRECTIVA 2009 / 2010**

Presidente Académico Dr. JORGE REINALDO VANOSI
Vicepresidente . . . Académico Dr. HUGO O. M. OBIGLIO
Secretario Académico Dr. FERNANDO N. BARRANCOS Y VEDIA
Tesorero Académico Dr. CARLOS PEDRO BLAQUIER
Prosecretario . . . Académico Embajador CARLOS ORTIZ DE ROZAS
Protesorero Académico Ing. MANUEL SOLANET

ACADÉMICOS DE NÚMERO

Nómina	Fecha de nombramiento	Patrono
Dr. Segundo V. LINARES QUINTANA..	03-08-76	Mariano Moreno
Dr. Horacio A. GARCÍA BELSUNCE	21-11-79	Rodolfo Rivarola
Dr. Alberto RODRÍGUEZ VARELA	28-07-82	Pedro E. Aramburu
Dr. Natalio R. BOTANA	11-07-84	Fray Mamerto Esquiú
Dr. Ezequiel GALLO	10-07-85	Vicente López y Planes
Dr. Horacio SANGUINETTI	10-07-85	Julio A. Roca
Dr. Carlos A. FLORIA	22-04-87	Adolfo Bioy
Dr. Leonardo MC LEAN	22-04-87	Juan B. Justo
Monseñor Dr. Gustavo PONFERRADA..	22-04-87	Nicolás Avellaneda
Dr. Gerardo ANCAROLA.....	18-12-92	José Manuel Estrada
Dr. Gregorio BADENI	18-12-92	Juan Bautista Alberdi

Nómina	Fecha de nombramiento	Patrono
Dr. Eduardo MARTIRÉ	18-12-92	Vicente Fidel López
Dr. Isidoro J. RUIZ MORENO	18-12-92	Bernardino Rivadavia
Dr. Jorge R. VANOSI.....	18-12-92	Juan M. Gutiérrez
Dr. Hugo O. M. OBIGLIO	23-04-97	Miguel de Andrea
Dr. Alberto RODRÍGUEZ GALÁN	23-04-97	Manuel Belgrano
Dr. Fernando N. BARRANCOS Y VEDIA	28-04-99	Benjamín Gorostiaga
Dr. Dardo PÉREZ GUILHOU	28-04-99	José de San Martín
Dr. Juan R. AGUIRRE LANARI.....	27-11-02	Justo José de Urquiza
Dr. Bartolomé de VEDIA.....	27-11-02	Carlos Pellegrini
Dr. Miguel M. PADILLA.....	24-09-03	Bartolomé Mitre
Sr. Jorge Emilio GALLARDO.....	14-04-04	Antonio Bermejo
Dr. René BALESTRA.....	14-09-05	Esteban Echeverría
Dr. Alberto DALLA VÍA	14-09-05	Félix Frías
Dr. Rosendo FRAGA	14-09-05	Cornelio Saavedra
Embajador Carlos ORTIZ DE ROZAS....	14-09-05	Ángel Gallardo
Dr. Mario Daniel SERRAFERO	14-09-05	José M. Paz
Dr. Juan Vicente SOLA.....	14-09-05	Deán Gregorio Funes
Dr. Carlos Pedro BLAQUIER.....	27-08-08	Nicolás Matienzo
Ing. Manuel SOLANET	27-08-08	Joaquín V. González
Dr. José Claudio ESCRIBANO	27-05-09	Domingo F. Sarmiento

ACADÉMICOS EMÉRITOS

Dr. Pedro J. FRÍAS
Dr. Carlos María BIDEGAIN

JUAN B. JUSTO, EL POLÍTICO EDUCADOR

Por el académico DR. RENÉ BALESTRA

Mucho antes que la humanidad aprendiera a escribir, supo leer. Y esta capacidad hizo posible su supervivencia. Leyó en la huella dejada sobre el barro por los animales feroces la proximidad del peligro. Esta aptitud, desarrollada, es el sendero que le permitió elevarse de lo casi zoológico a lo específicamente humano. Leer, en ese sentido, es entender. Abarcar el ámbito que nos rodea, el medio del cual vivimos y en el cual vivimos, y también esa interioridad que nos constituye. En este sentido racional, uno de los primeros grandes iniciados en este tipo de lecturas, que nos enseñó a todos y todavía continúa vigente, fue un griego llamado Hipócrates. Leyó los síntomas patológicos en un organismo enfermo. Fue uniendo, como las cuentas de un collar, las manifestaciones exteriores del dolor hasta llegar a la causa que lo provocaba. Ese fue el diagnóstico. Tan importante, tan fundamental, que sin ese hallazgo certero es imposible la cura o el camino que puede conducir a ella, la terapia. Hipócrates inventó la medicina. Antes y ahora ella consiste en percibir el mal y acometer la metodología adecuada para segararlo. Pero esa creación desbordó los límites de la anatomía enferma. Ese método racional para comprender la

realidad, esa lógica, es el inmenso descubrimiento griego del cual todos continuamos siendo deudores. En nuestros días –Umberto Eco mediante– tiene pavorosa actualidad. Se la llama semiótica. Término robado también a la medicina porque la clínica, que es su génesis, se llama semiología.

Los síntomas, que son las infinitas manifestaciones de todo tipo en una sociedad, están allí. Abarcan un horizonte inmenso. Van desde lo insignificante a lo fundamental. Hay vasos comunicantes entre ellos. Para el ojo que no está ejercitado todo es confuso. Como siempre, la cosa no está en el “qué” sino en el “cómo”. Es decir “cómo” se atan los indicios, “cómo” se “tejen” los signos. Por qué los “qué”, pueden y suelen estar expuestos sin ser vistos; sin ser percibidos. El diagnóstico corre por cuenta de cada uno de nosotros. Nadie dice que sea fácil, entre otras causas y no la menor, porque cada uno de los observadores somos conjuntamente actores. Esto vuelve inmensamente complejo el mecanismo esclarecedor.

Pero hay un metro de terreno firme debajo de nuestros pies. Si se trata de analizar la Argentina, nuestro país. Hace cien años, cualquier individuo de cualquier lugar del mundo que soñara con emigrar para buscar en otros ámbitos aires propicios para mejorar su vida pensaba en Norteamérica, en Canadá, en Argentina, en Australia, en Nueva Zelandia. Han pasado cien años. En nuestros días cualquier persona que en cualquier lugar del mundo emigra piensa en los mismos países menos en uno. Se han agregado otros. El país que ha desaparecido de la ruta del posible inmigrante es la Argentina. ¿Por qué ha sucedido eso? Nadie piensa en nosotros como inmigrantes. Muchos, entre nosotros, piensan en emigrar.

El proceso de mutación fue endógeno. Fuimos nosotros y fue en nosotros donde se generó el cambio. Alrededor de la figura del filósofo español José Ortega y Gasset podríamos seguir el itinerario de nuestra involución. Nos visita por primera vez en 1916. Es hijo de un destacado periodista madrileño, Ortega y Munilla, que dirige un diario de mucha gravitación. En ese año Ortega tiene

33 años de edad. Es un hombre joven, talentoso pensador que se ha formado filosóficamente en Alemania. Pero entre nosotros es casi un desconocido. Horacio Rivarola, decano de la Facultad de Filosofía de Buenos Aires, percibe la calidad y la hondura de su cabeza y lo invita a dictar un curso de filosofía en la Facultad. El hecho se transforma en un formidable acontecimiento cultural que desborda los límites específicos para convertirse en un fenómeno social. La repercusión es inmensa. El deslumbramiento de Ortega con el país también. Llega a decir: “no conozco en el mundo otro país con más sed de imperio”. Desde luego, esto no significa que la Argentina estuviera buscando colonias para fundar un poder imperial, sino una aptitud y una actitud de confianza en sí misma hasta el punto de enfrentar el futuro queriéndoselo, no sólo ganar, sino devorar.

Su segunda visita se produce doce años después, en 1928. Se encuentra consternado con un país que, lo dice, se ha transformado a tal punto que el hombre medio es, para él, “un hombre a la defensiva”. Es bien sabido que un hombre a la defensiva es alguien que ha perdido la seguridad en sí mismo y que –por haber perdido confianza en sus propias fuerzas– cree que todo lo malo que le sucede es culpa de los demás. Exactamente al revés de esa enseñanza de Confucio en la que dice: “el hombre logrado es como el buen arquero: cuando yerra el blanco gira sobre sí mismo y busca en su interior la causa del error”. Dos años antes de la quiebra de nuestra continuidad institucional que había durado casi setenta años, el filósofo advirtió nuestra falta de confianza en nosotros mismos. La matriz de una república, lo dice su etimología, es que la cosa de todos le importe a la mayoría. Si sobreviene la indiferencia y el abandono, la república tiene los días contados. Exactamente lo que nos sucedió a nosotros. Se prolongó desde 1930 a 1983 ese interregno de ausencia. La tercera y última visita del filósofo abarcó entre 1939 a 1942. Durante esos años esperó en vano que una Argentina, ya degradada, le ofreciera una

cátedra. Una sociedad que no tenía espacio para acoger a Ortega y Gasset en su seno, patentizaba –en ese sólo hecho– la altura y la hondura de su enfermedad.

La crónica de la decadencia puede darnos, por contraste, la clave de su anterior florecimiento. Lo que después de mayo de 1810 terminó siendo la República Argentina era un territorio hirsuto y semivacío. No tenía riquezas minerales y su único capital consistía en inmensas extensiones de pastoreo. La población rural era primitiva y escasa. La ganadería era el principio y el fin. En ese ámbito y con esos actores, se desarrolló el milagro laico que fue la Argentina del primer centenario. Pero los milagros laicos tienen explicaciones racionales. Los que emprendieron y protagonizaron la epopeya tuvieron en cuenta fehacientemente esa realidad. Esa realidad primitiva, y como todo lo primitivo, bárbaro. Echeverría sabía lo que tenía delante de sus ojos y rodeaba su vida cotidiana. Por eso escribió “El matadero”. Esa obra mayor describe con increíble crudeza y fidelidad no sólo el lugar donde se faenan las reses de ganados sino el ambiente bárbaro del arrabal de la ciudad y sus costumbres primitivas. Lo mismo sucede con “Facundo” de Sarmiento. No es sólo la biografía del caudillo sino la descripción del paisaje que lo hace posible –casi– inexorable. La pulpería y sus personajes son, para Sarmiento, causa y consecuencia del desierto. Romper ese círculo vicioso era la clave mayor de cualquier política superadora. La raíz, el cogollo, el origen consistía en aceptar esa realidad minusválida que impedía el advenimiento del país moderno. Pero aceptarlo como realidad no significa comulgar con ella. Hay que tenerla en cuenta, precisamente, si se pretende transformarla. Para lo cual esa realidad precaria no puede ni debe ser exaltada, halagada, fomentada, sino todo lo contrario. Los que edificaron la plenitud argentina que Ortega y Gasset vio decaer fueron Echeverría, Alberdi, Mitre, Sarmiento, Avellaneda, Roca. Todos de mirada lúcida y coraje moral. La generación del 37 y la del 53 estudió y estructuró las herramientas necesarias y la

generación del 80 las aplicó. Todo el impulso oceánico educador fue consecuencia de claridad admirable en el análisis de la realidad. Aceptar la realidad tal cual es y querer transformarla fue todo el secreto de su grandeza. La inmensa ola inmigratoria que fecundó el desierto y fundó la patria, fue una consecuencia de la sagacidad anterior en el análisis de la realidad.

Juan B. Justo fue un médico eminente que introdujo en las prácticas quirúrgicas la asepsia y la trepanación craneana a fines del siglo XIX en Buenos Aires. Pero supo algo más. Comprendió que ciertas enfermedades son una consecuencia de desarreglos sociales que sólo la política práctica puede curar. Pero para eso es necesario introducir y practicar en ella también la asepsia. Como es necesario introducir en las cabezas, no por trepanación, ideas y valores que le permitan a todos y a cada uno ser el protagonista de su propia vida. En 1896 fundó el Partido Socialista y hasta su muerte, en 1928, lo dirigió. Descreyó del Estado como instrumento mágico. Había estudiado en Maquiavelo lo que los gobernantes inescrupulosos pueden hacer con el poder. Su socialismo, reivindicando el término, creía en la sociedad, si ésta, suficientemente educada y enriquecida con un sinnúmero de organizaciones útiles gestionaban con impecable moral y con eficiencia los intereses del común. Por eso fundó cooperativas como El Hogar Obrero, la Sociedad Luz, verdadera universidad popular y otras organizaciones de autogestión. Fue un continuador de la generación fundadora. Sabía que el obrero sin preparación intelectual y sin conciencia era tan bárbaro, o podía serlo, como el frecuentador de las pulperías de las zonas rurales. La forma y la manera que Juan B. Justo tuvo de combatir las prácticas espurias fue a través de bibliotecas populares. No halagó nunca, aunque alentó siempre. La diferencia no es gramatical, sino substancial. Como médico que era sabía que la condición previa y necesaria para cualquier cura es asumir la enfermedad. Sin ese requisito previo ninguna terapia sirve. La quiebra, que el ojo biónico de

José Ortega y Gasset observó en su segunda visita, consistió en el avance del populismo que siempre es el halago irresponsable e indiscriminado de la multitud. La demagogia fija la enfermedad del salvajismo instintivo del no educado e impide su progreso. Es como si a un enfermo, por agradarlo, le negáramos su malestar y le festejáramos su condición de doliente. Entre nosotros, desde 1943, se convirtió en una endemia: textualmente, epidemia de un determinado lugar.

No es fácil determinar en el mundo enrarecido de la política en qué consiste la grandeza. Sin embargo, podemos acordar que –como en otros órdenes de la vida– ella reside en hacer crecer a los demás. Es decir, ayudar, acompañar, impulsar al común a mejorar su condición humana. Esto abarca, desde luego, los aspectos concretos y porfiados de lo habitual. Pero lo desborda. No es sólo el trabajo bien remunerado, la vivienda y la salud al alcance de la mano. Es sobre todo el impulso educativo que eleve y afine su horizonte mental y emocional. Para esto último Juan B. Justo tuvo desde el inicio, y lo conservó siempre, la estrella polar de esa máxima que en política es el principio, el medio y el final de la eficiencia: “la palabra conmueve, el ejemplo convence”. No se puede ejercer el oficio que aspire al gobierno sin recurrir a la palabra. Método insoslayable para convocar voluntades. Pero la tarea será interminablemente trunca sin el ejemplo. Los argentinos conservamos una emocionada memoria de San Martín, de Belgrano, de Echeverría, de Alberdi, de Mitre, de Sarmiento, de Avellaneda, no sólo por el acierto de sus escritos y de sus acciones sino –sobre todo– por la pulcritud de sus vidas públicas y privadas.

En la Argentina del primer centenario pugnaban por renovar la patria un puñado de hombres jóvenes que se habían encontrado en el Parque de Artillería de la revolución frustrada del 90. Alem, Irigoyen, Alvear, Lisandro de la Torre, Juan B. Justo eran los protagonistas de un impulso poderoso que anhelaba ensanchar la pirámide política perfeccionando el sufragio universal. Podemos

discrepar con ellos en diversos aspectos. Debemos coincidir en que ninguno utilizó los cargos políticos que ejercieron para su beneficio personal. Alejandro Korn, tal vez el primer filósofo argentino, en ocasión de la muerte de Juan B. Justo, señalaba que después de la Bases de Alberdi y de sus ideas raigales que habían edificado la Argentina moderna, era necesario llegar a Justo para encontrar una idea que asimilaba todo el formidable aporte de Alberdi y le agregaba la idea de la justicia social. Justo, resumía, con sus aportes intelectuales y su acción política defendiendo el libre comercio, la moneda sana, la acción solidaria de la autogestión eficiente, había sentado, como Alberdi, nuevas bases.

Justo era un hombre adusto, severo. Su continente exterior era serio. Su inmensa capacidad de ternura, su conmovida solidaridad con el sufriente se manifestó siempre en el desesperado afán por mejorarlo, por elevarlo, por ahondarlo. El aletazo de su impulso educativo subsistió en sus discípulos y sus continuadores. Sigue vigente en lo mejor y más recóndito del tejido íntimo del país. Como ciertas canciones que el pueblo entona sin saber quién es el autor, Juan B. Justo vive cuando alguien –cualquiera– en este país, rechaza la inmundicia moral del clientelismo, del adocenamiento y trabaja, de una manera modesta o encumbrada, por elevarlo, sabiendo que esa, es la única manera de mejorar la patria.

OBSERVACIONES Y COMENTARIOS

presentados por los señores académicos:

Académico Jorge Reinaldo Vanossi

Los aplausos recibidos por el doctor René Balestra son el mejor testimonio del beneplácito que nos ha causado su vivaz, inquieta, profunda y fermental –para usar un término propio de ustedes– disertación.

Académico Juan Vicente Sola

Gracias señor académico por muy vehemente exposición sobre Juan B. Justo que es un personaje que siempre me llamó la atención porque fue el primer traductor de Marx, del primer tomo de “El capital”, que los que nos dedicamos a teoría política tuvimos que leer, hay varias traducciones, pero la primera de 1917 y una de las primeras del mundo –creo que casi contemporánea a la rusa– es de Juan B. Justo. Y también me llamó la atención un libro sobre interpretación de la historia, aunque me pareció un poco extravagante, pero en algún punto es un poco dogmática: “Teoría y práctica de la Historia”. Pero quería indicar por qué me había atraído; uno de los puntos que me atrajo profundamente de Juan B. Justo fue su libre cambio, como un socialista que después... porque en general los socialistas como tienen apoyo

en los sindicatos, tendían a ser proteccionistas, esto ocurrió años después. Pero en el caso de Juan B. Justo hay discursos muy fuertes de él como legislador y quería que el señor académico nos contara un poco el fundamento del libre cambio y el antiproteccionismo económico de Juan B. Justo, que lo hace más moderno que quienes lo sucedieron.

Académico René Balestra

Es increíble, ¿sabe usted cuál es el argumento? El argumento es impecable, y dice: “Yo personalmente y el grupo que me acompaña estamos acá para defender el nivel de vida del pueblo trabajador”. Él no hablaba de lumpemproletariado al cual despreciaba, incluso cuando un hombre joven le decía que era ordenanza –hay anécdotas, mi padre ha estado presente en esas situaciones– le preguntaba: “¿Usted de qué trabaja?”. “Y, yo soy ordenanza”. “Usted es ordenanza, ¿Qué edad tiene? Usted tiene veintipico de años, no le debe de gustar mucho trabajar”. Era muy duro. A lo que Marx había llamado lumpemproletariado, ese clientelismo no le preocupaba pero el hombre asalariado, el hombre que tenía un sueldo, a ese lo quería preservar. Él por ejemplo quería el libre cambio porque quería que los precios... él no quería lo que vino después, el coto de caza para proteger a una cantidad de vivos que estuvieron en el asunto. Es más, hay un discurso si no me equivoco, del año 1909 ó 1912, alertando contra el peligro de que los ferrocarriles se nacionalizaran y ya en nuestro país el clientelismo político haría que de golpe habría para las cajas de los partidos que hacen de la política un negocio, cuarenta mil puestos de trabajo. El argumento era defender el bolsillo del consumidor, su preocupación era el consumidor en todos los órdenes de la vida y la moneda ... yo no conozco cronológicamente si hay algo anterior sobre este asunto, pero creo que es una de las primeras publicaciones que debe haber en la República Argentina sobre la defensa de la moneda, pero él se enoja mucho cuando se empieza

a manipular la caja de conversión, que manejan la moneda ...y el argumento que él hace ahí en la moneda –me acuerdo de eso– él dice que “cualquier poseedor de cualquier bien inmueble tiene defensa natural contra la inflación, porque la propiedad que vale 100 cuando hay inflación puede llegar a valer mil, pero el asalariado no tiene otra defensa nada más que su salario, por eso hay que defendérselo”.

Académico Manuel Solanet

Creo que es importante haber rescatado esta faz del socialismo en nuestro país que ha tenido una tradición en esto. El radicalismo también la tuvo, y notablemente la defensa del libre cambio se debilitó con gobiernos conservadores, probablemente como consecuencia de la crisis del '30, luego de la cual se introdujeron intervenciones del Estado en los mercados –recordemos las Juntas– pero aun estos dos movimientos, el radicalismo y el socialismo, persistían en una visión librecambista. Me refiero al socialismo tradicional de Juan B. Justo, de Américo Ghioldi, de Alfredo Palacios, no obviamente a distintas corrientes del socialismo europeo, entendido como aquellos que derivaron del pensamiento marxista y que desembocaron en la Rusia Soviética, allá en el año diecisiete en la revolución. Probablemente los cambios de posición nacen en la posguerra y particularmente impulsados en la Argentina por una corriente que viene derivada del nacionalsocialismo y que se materializa en una posición muy fuerte del peronismo, que mueve a los otros partidos. Así se tracciona al socialismo y sobre todo al radicalismo en la Convención de Avellaneda a virar y a darle un enfoque totalmente distinto, en particular a la visión de la organización económica. Me parece importante haber rescatado este punto acá, porque es algo que tendrían que aprender muchos socialistas de hoy también. Hoy estamos observando cambios en esa visión que lamentablemente terminan sumados al populismo y a la demagogia y derivan en una caída del salario real, en el

estancamiento, en la decadencia relativa de la Argentina que venimos padeciendo de hace más de setenta años.

Académico Ezequiel Gallo

Quería hacer dos observaciones rápidas: una en el sentido de que hubo corrientes socialistas en la época de Justo –Berstein fue quizás el caso más conocido– que tuvieron ideas semejantes. Pero esta paradoja se refleja en que uno de los discursos más conocidos de Carlos Marx sea el que dedicó a la defensa del libre cambio. La historia de lo ocurrido con el libre cambio tiene cierta relación con lo afirmado por el académico Solanet. Es ciertamente una historia muy compleja en la que debería localizarse en qué momento se abandonó la defensa del libre cambio. Pero quería rescatar sobre todo la existencia de esas corrientes socialistas o socialdemócratas –quizás el término más exacto– que he ejemplificado con el caso de Eduardo Berstein, porque es quizás el más conocido por haber sido el primero en hacer un análisis crítico de las teorías marxistas. Quiero decir de paso –porque en su brillante exposición el doctor Balestra lo citó al comienzo– que el partido socialista español, sobre todo en el país vasco de donde provino Ignacio Prieto, tuvo una relación muy directa con Juan B. Justo, quien publicó varios trabajos en la prensa española. Y lo segundo es que creo también muy útil el llamado de atención que hizo el doctor Solanet sobre otras tradiciones, entre ellas las del primer radicalismo. Creo que una de las primeras defensas que se hacen de una moneda sana y de la no interferencia del Estado en la política monetaria es la de Leandro Alem, quien alertó sobre los peligros de lo que denominó “la alianza entre el fusil y el banco”.

Felicito al Dr. Balestra y a quienes participaron en el debate con anterioridad a mi intervención.